

Su mérito y saber honrar desea.

Vosotras, Musas, si á mi ruego un dia  
Cedisteis gratas, y mi tierno acento

Oyó afable por vos mi dulce Elpino ;

Prestas volád, decidle mi alegría,

Del pueblo hispano el general contento ,

De la virtud el júbilo divino.

ELEGÍAS.

*Elegías*

ELEGÍA I.

EN UN EMPEÑO TEMERARIO.

AMOR, desdenes, ira, y todo junto  
El poder de la envidia y de los zelos,  
Se han unido en mi daño á un solo punto.

La medrosa inquietud con mil desvelos  
Cubre mi infeliz pecho de amargura :  
Doy lástima á la tierra y á los cielos .

Yo vi en mi daño una doncella pura ,  
Término de beldad, y con mil dones  
Que esceden toda humana criatura,

Sus ojos son de fuego : sus razones  
Hacen al que las oye, temblar luego ;  
Y encanta en su saber los corazones.

Yo la miré, y temí : y un blando fuego  
Sentí que por mis venas discurría ;  
Y á todo lo demas halléme ciego .

Volvióseme tristeza la alegría,  
La paz del corazon tormenta brava,  
Y oscuridad infausta el albo dia.

Nunca empero del daño me apartaba ;  
Mas ántes vanamente confiado ,  
Del puerto al ancho mar me abandonaba .

Ni de nubes el cielo encapotado ,  
 Ni de las roncadas olas el bramido ,  
 Ni el aguilon por ellas despeñado ,  
 Ni la negra tiniebla , ni el gemido  
 De los que anega el mar , ni de mi leño  
 El crujir , ni el camino no sabido ,  
 Bastaron á apartarme del empeño ,  
 Ni á volverme al lugar do me alejaba ;  
 Que Amor me arrebatava á mi despeño .  
 La orilla con los huesos blanqueaba  
 De muchos que perdieron ya la vida ;  
 Y otros el viento por la mar llevaba :  
 Yo alegre en tanto en rápida corrida  
 Las olas iba de la mar cortando ,  
 De la mar en mi daño embravecida ;  
 Y en necio error en el Amor fiando ,  
 Que calmase aguardaba la tormenta ,  
 Así á solas conmigo razonando :  
 O flaco corazon ! qué te amedrenta ?  
 ¿ Qué rezelas cobarde , ó qué te espanta ,  
 Si un dios tu vela y tu esperanza alienta ?  
 ¿ Pretendes por ventura gloria tanta  
 Sin peligro alcanzar ? ay ! que la gloria  
 Es solo del que al riesgo se adelanta ;  
 Y aquel solo es el digno de memoria ,  
 Que trepa á la difícil aspereza ,

Do eterna hará la fama su victoria .  
 ¿ No ves , no ves , cuitado , tu bajeza ?  
 Pues alza ya los ojos á la cumbre  
 De aquella sobrehumana gentileza .  
 O beldad celestial ! ó gloria ! ó lumbre !  
 O angélico semblante ! eterno día !  
 Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbre .  
 Tú mi norte serás , serás mi guia ,  
 Tú eres mi estrella , tú mi aurora hermosa ;  
 Tuya es mi libertad y el alma mia .  
 A ti corre mi nave presurosa ,  
 Tú la encamina al puerto deseado ;  
 Y á mí vuelve los ojos amorosa .—  
 Tal la ruego , y al mar abandonado  
 Parécenme sus olas mas serenas ,  
 Y dolido el Amor de mi cuidado .  
 Así el veneno corre por las venas ;  
 Y en un ardor dulcísimo me abraso ,  
 Que revuelve en su llama añargas penas .  
 ¿ Diré , cuitado ! lo que entónces paso ?  
 ¿ Ni el infierno y la gloria que en mí siento ?  
 Aun con cien lenguas me quedara escaso .  
 Cual Tántalo entre el agua estoy sediento ;  
 En el medio del fuego estoy helado ;  
 Y á un tiempo alegre rio y me lamento .  
 Estoy contra mí propio conjurado ;

Y quiero y aborrezco en solo un punto ;  
 Y vivo y muero en tan fatal cuidado.  
 Siento placer y pena todo junto ;  
 A mi adorada busco ; y si la veo,  
 Me quedo en mi dolor como difunto.  
 ¡ Gloria inmortal del fortunado empleo  
 Que en ciego afan codicia mi ternura !  
 ¡ Oh cuál en ti me aflijo y me recreo !  
 ¿ Quién digno se hallará de tal ventura ?  
 ¿ A quién, divino Amor, á quién espera  
 El premio de su angélica hermosura ?  
 ¡ Oh si ganarle yo posible fuera !  
 Suerte mayor no anhela mi deseo ;  
 Y despues, si así place, al punto muera.  
 Mas, misero de mí ! que devaneo,  
 Y alcanzarla presumo locamente ;  
 Ay ! y su altura y mi humildad no veo.  
 Cual fábula seré de gente en gente ;  
 Y el nombre infausto quedará en el mundo  
 De mi temeridad y amor ardiente.  
 ¡ Ciego, dañoso error ! ¿ en qué me fundo,  
 Que á la altísima cumbre de su gloria  
 Así aspiro á subir desde el profundo ?  
 ¡ Oh caso digno de fatal memoria !  
 Yo lo alcanzo, señora, lastimado ;  
 Pero Amor lleva siempre la victoria.

Yo sé que cual gigante despeñado  
 Seré al fin, ó cual Icaro atrevido  
 En medio el hondo mar precipitado.  
 Sé que el Ciego me arrastra embebecido  
 Donde pueda acabarme : sé mi engaño,  
 Y cuan alto mi error haya crecido.  
 Y el origen fatal de tanto daño  
 Sé para mas dolor ; y sé la llama,  
 Donde ardi incauto para mal tamaño.  
 Y sé cómo el tirano á sí me llama ;  
 Y á mi rota barquilla en nada ayuda  
 Contra el ventoso mar que hinchado brama :  
 Todo lo sé, señora ; mas no muda  
 Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,  
 Pues ya aun me veda que al remedio acuda.  
 ¿ Y qué gloria mayor, puesto que muera,  
 Que fenecer por vos ? quién lo alcanzara ?  
 ¡ Ay si el crudo me oyese, y luego fuera !  
 Mi fatal caso al ménos lastimara  
 Un pecho en su crudeza empedernido ;  
 Y aun piadoso quizá mi fin llorara.  
 Con esto del camino no sabido  
 Pisara yo la senda confiado ;  
 Y ni sombra temiera, ni alarido.  
 Mas, ay misero ! ay triste ! que el airado  
 Mar se embravece, y amenaza al suelo ;

Y á su furia el Amor me ha abandonado.

Los vientos silban, se oscurece el cielo,  
Cruje frágil el leño; y donde miro,  
Encuentro de la noche el negro velo.

Me quejo, gimo y por demas suspiro:  
La muerte á todos lados me saltea;  
Y mi barca infeliz perdió ya el giro.

Tal merece quien tanto devanea,  
Y á imposibles osado se aventura:  
Si por su daño alguno los desea,  
Sírvale de escarmiento mi locura.

### ELEGÍA II.

EN LA MUERTE DE FILIS.

Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,  
Y al labio salga en dolorido acento  
La aguda pena en que morir porfío.

Con lastimeros ayes gima el viento;  
Y entre suspiros y mortal quebranto  
La falta de la voz supla el lamento;

Ciegos los ojos con su amargo llanto,  
Léjos de la alma luz, siempre en oscura  
Noche fenezcan en desastre tanto.

Truéqueseme la dicha en desventura,  
Ni jamas bien alguno esperar pueda,

Pues me robó la muerte mi luz pura.

Filis! amada Filis! ay! ¿ qué queda  
Ya á mi dolor? faltaste, mi señora?  
¿ Cómo la voz el sentimiento veda!

Allá volaste al cielo á ser aurora,  
Dejando en llanto y sempiterno olvido  
Esta alma triste que tu ausencia llora.

Qué! ¿ ni mi dulce amor te ha detenido?  
¿ Ni la amarga orfandad en que me dejas?  
¿ Tan mal, querida Fili, te he servido?

¿ Así de este infeliz, así te alejas?  
Vuelve, adorada, vuelve á consolarme;  
No mas desdeñes mis dolientes quejas.

Pero tú no pudiste abandonarme:  
El golpe de la muerte, el golpe fiero  
Solo de ti, mi bien, logró apartarme.

O muerte! muerte! ó golpe lastimero!  
Ay! ¿ sabes, despiadada, lo que hiciste....?  
De todos tus delitos el postrero.

¿ A quién con mano bárbara rompiste  
El feliz hilo de la tierna vida,  
Y en el sepulcro despiadada hundiste?

A Filis! á mi Filis! ¡ mi querida,  
Mi inocente zagala! Su ternura  
¿ En qué ofenderte pudo, fementida?

¿ No te movió su angélica hermosura

A que no mancillases insolente  
 Tan delicada flor en su alba pura ?  
 Jamas yo te creí tan inclemente ;  
 Mas este golpe , golpe lamentable ,  
 ¡Oh cuán á costa mia me desmiente !  
 O dura mano ! ó bárbara , implacable !  
 ¿ A quién , clamó sin fin , tu saña fiera  
 Hirió con su guadaña abominable ?  
 A Filis ! á mi Filis ! ..... ! ¡ y esto espera  
 A inocencia y amor , miétras riendo  
 Eterno un siglo la maldad prospera !  
 Huye , inhumana , al Tártaro tremendo ;  
 Y en sus abismos húndete entre horrores ,  
 Húndete , ó monstruo , tus hazañas viendo ...  
 Deliro en mi pasion ; y mis dolores  
 Crecen , inmensos como el mar : cuitado !  
 ¿ Qué he de hacer sin mi bien , sin mis amores ?  
 ¡ Que ya no gozaré su alegre lado !  
 ¡ Ni oiré mas sus suavísimas razones !  
 ¡ Ni he de ver de su rostro el tierno agrado !  
 ¡ Sus ojuelos , iman de corazones ,  
 Aquellos ojos cuya lumbre clara  
 Tras si arrastraron tantas atenciones !  
 ¡ Y aquel cuello , aquel talle , aquella rara  
 Gracia que en noche eterna se oscurece !  
 ¡ Ay muerte dura , de mi bien avara !

Lloro , y llorando mi tormento crece ;  
 Pero qué mucho ! si en mi acerba pena  
 Todo el orbe dolido se enternece :  
 Con horrisono silbo el aire suena ,  
 Ni el agua corre ya como solía ,  
 Ni la tierra es fructifera ni amena :  
 Ni arrebolado asoma el albo dia ,  
 Ni en la cima es del cielo el sol fulgente ,  
 Ni la luna en la noche húmida y fria .  
 El Tórmes el raudal de su corriente  
 Detiene por seguir mi amargo llanto ,  
 De cipres coronada la ancha frente :  
 Con lúgubre aparato y triste canto  
 De sus Ninfas el coro le rodea :  
 ¡ Ay cuál doblan sus voces mi quebranto !  
 No ya el nácar sus cuellos hermosea ,  
 Ni sembrado de perlas y corales  
 Su cabello en los hombros libre ondea .  
 Mustio taray y tocas funerales  
 Hoy visten todas por la Filis mia ,  
 De su agudo pesar ciertas señales .  
 ¡ Oh , cuál con ellas yo la vi algun dia  
 Del seco agosto en la enojosa llama  
 Triscar alegre en la corriente fria !  
 Hoy en llanto su pecho se derrama ;  
 Y con doliente lúgubre alarido ,

Cual si la oyese, cada cual la llama.  
 El raudó Tórmes con mortal quejido  
 También las acompaña; y su lamento  
 Merece de Neptuno ser oído :  
 Neptuno, el que del húmido elemento  
 Modera la soberbia impetuosa,  
 Ocupando entre dioses alto asiento;  
 El que con voz y diestra poderosa,  
 Con su tridente en carro de corales  
 Alza ó calma su furia sonora;  
 Retrajo el curso á repetir mis males,  
 Y en ronco son los hórridos Tritones  
 Dieron de su dolor ciertas señales.  
 Del húmido palacio los salones  
 Retumbaron con fúnebres gemidos,  
 Y temblaron columnas y artesones.  
 Las focas y delfines doloridos  
 En rumbo incierto tras su dios vagaban,  
 De tan nuevos prodigios aturdidos;  
 Y como que asombrados preguntaban,  
 ¿ Qué horror es este y doloroso estruendo ?  
 Y los míseros llantos remedaban,  
 Las colas escamosas revolviendo,  
 Y en las cerúleas ondas escitando  
 Desapacible son, ronco y horrendo.  
 Por las vecinas playas lamentando,

Sonaban de otra parte los zagales  
 En tristes coros el desastre infando.  
 Mas ay! ay! que sus cantos á mis males  
 En nada alivio dan; mas ántes crecen  
 En mis ojos dos fuentes inmortales :  
 Que si ya, gloria mia, no merecen  
 Estar colgados de tu faz süave,  
 Mejor en ciego llanto así fenecen.  
 ¡ Oh dolor sobre todos el mas grave !  
 O sombra ! ó fugaz bien ! incierta vida !  
 Quien en ti se confía, poco sabe :  
 Apénas apareces, ya eres ida,  
 Dejando la esperanza en ti fundada  
 Cual mustia flor del vástago partida:  
 ¿ Quién pudiera decirme que mi amada,  
 Mi tierna palomita, de repente  
 Así del seno me sería robada,  
 Cuando á guardarla fuí junto á la fuente,  
 La tarde ántes del aciago día,  
 En la márgen del Tórmes trasparente ?  
 Cómo me recibió ! ¡ con qué alegría  
 De mí burlando mi temor culpaba,  
 Y fiel su eterna llama me ofrecía !  
 ¡ Con qué halagüenos ojos me miraba !  
 ¡ Y con cuántos dulcísimos favores  
 Mis dudas, mis zozobras alentaba !

O mi acabado bien! ó mis amores!  
 ¿Quién entónces creyera tal fracaso,  
 Ni tras ventura tal estos dolores?

Riéndote la vida al primer paso,  
 ¿Quién rezelara que su luz temprana  
 Corriera así tan súbito á su ocaso?

Contino, Filis, de mis ojos mana  
 Un mar de ardiente lloro, ¡ ay sin ventura!  
 Aciago fruto en mi esperanza vana.

Su eterna ausencia mi dolor apura;  
 Y el no haberla, ay de mí! jamas pensado,  
 Dobla al mísero pecho la amargura.

Bien debí, puesto que me vi encumbrado  
 A lo sumo del bien que en hombre cabe,  
 Temblar el triste fin en que he parado.

¿Pero quién con amor temerlo sabe?  
 ¿Ni entónces hace del agüero cuenta?  
 ¿Ni del buho que suena aciago y grave?

En vano desde el roble, en que se asienta,  
 Anuncia la corneja el caso triste,  
 Que á un pecho con pasion nada amedrenta.

Tú, Batilo infeliz! volar la viste  
 La noche en que enfermó tu Fili amada,  
 Y su fúnebre voz seguro oiste.

Acuérdome tambien que á la alborada,  
 Dejando ya paciando mi ganado,

A hablarla fuera en su feliz majada;  
 Y vi un lobo feroz haber robado  
 Una mansa cordera, blanca y bella,  
 Que devoraba sobre el fresco prado.

Corrí compadecido á socorrerla;  
 Y súbito... á mis ojos... qué portento!  
 En humo denso se me huyó con ella.

Yo hasta aquel punto de temor esento,  
 Del espantable caso sorprendido,  
 Caí sobre la yerba sin aliento.

¡ Oh qué de tiempo estuve allí tendido!  
 Y cuando ya en mi acuerdo hube tornado,  
 Ay! á llorar en tanto mal sumido,

Sin poder proseguir lo comenzado,  
 Y atónito de ver prodigios tales,  
 Volví lleno de horror á mi ganado.

Allí luego encontré nuevas señales  
 Que algun terrible caso me anunciaban,  
 Agüeros ciertos de mis crudos males.

Mis mansas ovejillas se espantaban,  
 Y cual si las siguiera un lobo fiero,  
 Girando en torno del redil, balaban.

A un lado oí quejido lastimero:  
 A examinarlo corro... y de repente....  
 ¿ Callarélo, ó diré tan triste agüero?

Vi dividida por agudo diente

La corderita á Filis prometida,  
 Que mi mano cuidaba diligente.  
 Al pié de ella la madre dolorida  
 Con débiles balidos la lloraba,  
 Queriendo con su aliento aun darle vida.  
 Entónces yo sentí que me apretaba  
 El corazon un miedo desusado,  
 Y trémulo mil males me anunciaba.  
 O mi Fili! ó mi bien! ó desgraciado!  
 ¿Qué pudieron decirme estos agüeros,  
 Que era ya de tu vida el fin llegado?  
 ¿Qué esto anunciaban los prodigios fieros?  
 ¿Y esto la triste ave y la cordera?  
 ¡Ay, acabados gustos verdaderos!  
 ¡Vida fugaz, cual sombra pasagera!  
 Ya á la mia no queda sinó llanto,  
 Prueba aun bien débil de mi fe sincera.  
 Crecerá inmenso mi mortal quebranto,  
 Hasta que huyendo este nubloso suelo,  
 En lazo á ti me una eterno y santo.  
 Ni, ó mi luz! pienses que jamas consuelo  
 Hallar podrá mi espíritu abatido;  
 Que en ti el bien me dejó con presto vuelo.  
 Y en lágrimas y penas sumergido,  
 Tu imágen sola cada vez mas viva  
 Mi pecho ocupa de su amor herido:

La horrible parca que de ti me priva,  
 La ansia no apagará con que él la adora,  
 Que su llama en tu falta mas se aviva,  
 Y acuerda al alma triste en cada hora  
 Tu dulcísimo amor, tu fe sincera;  
 ¡Ay cuál padezco, y se me parte ahora!  
 La tierna débil voz, la voz postrera  
 Que en tu labio sonó ya moribundo,  
 Jamas podré olvidarla, aunque yo muera.  
 ¡Pues qué si el espectáculo profundo  
 Se me presenta de tu muerte aciaga!  
 En un mar de mis lágrimas me inundo.  
 Deja, mi amor, que en ellas me deshaga,  
 Y que en largos suspiros exhalado  
 Mi espíritu á sus ansias satisfaga.  
 Paréceme mirarte en el cuitado  
 Trance de la postrera despedida,  
 Débil la voz, el rostro demudado,  
 Del todo casi ya desfallecida,  
 Fijos en mí con gesto lastimero  
 Los ojos, y su luz oscurecida,  
 Diciéndome: BATILO, YO ME MUERO;  
 Y al quererme abrazar aun débilmente,  
 En mi boca lanzando el ay postrero,  
 O dolor! ¡cuánto estabas diferente  
 De aquella que ántes por tus gracias fuiste,

El milagro de amor mas reverente!  
 ¡ Oh, no me aflijas mas, memoria triste!  
 Deja, deja acabarme en mi amargura:  
 Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.

Mi fe, mi firme fe te lo asegura:  
 No puedo ya vivir de ti apartado,  
 Que el ansia de te ver mi vida apura.

Entónces de temores sosegado,  
 En lazo ardiente, casto, verdadero,  
 Por siempre á ti me gozaré ayuntado.

Ay! ¿ qué en la tierra, miserable, espero?  
 Muerte cruel, tan pronta con mi amada,  
 En mí ejecuta, en mí tu golpe fiero!

Arráncame esta vida quebrantada:  
 Llévame con mi Filis al sosiego  
 De que el ánima está necesitada.

Muévante, ó cruda, mi infelice ruego,  
 La vida que aquí paso dolorosa,  
 Y el largo llanto con que el campo riego.

No pienses, no, mostrarte rigurosa,  
 Mi pecho hiriendo en ansias abismado,  
 Que ántes serás en tu rigor piadosa;

Pues yo de alivio ya desesperado,  
 Ni curo tener cuenta con mi vida,  
 Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado.

Mis lágrimas son siempre sin medida;

Y en los suspiros con que canso al cielo,  
 El alma se me arranca dolorida:

Ni para alimentarme hallo consuelo,  
 Ni es otra mi bebida que mi llanto,  
 Ni del sueño me alivia el vago vuelo;

Pues cuando al fin, rendido en mi quebranto,  
 Entre sus blandas alas me adormece,  
 Despavorido al punto me levanto:

Que mil sombras tristísimas me ofrece,  
 Tendiendo yo la mano arrebatado  
 Al bien que niebla vana desaparece.

Tal es de mi vivir el triste estado:  
 Huyendo en torva faz siempre las gentes,  
 Y de ellas por sin seso baldonado:

Solo en mis ovejillas inocentes  
 Compasion halla mi amoroso anhelo,  
 Si es que cabe en mis ansias inclementes!

Ellas solas me siguen en mi duelo;  
 Y en torno rodeándome apiñadas,  
 Doblan con su balar mi desconsuelo.

Las que tuve á mi Filis destinadas,  
 Todas sin quedar una han fenecido:  
 ¡ Ay corderas, cual ella desgraciadas!

A las otras el prado florecido  
 Jamas mueve á pacer, aunque acabando  
 Las miro con tristísimo balido.

Aquí las tiernas cosas van quedando,  
Las madres allí caen sin aliento,  
Todas en cuanto mueren suspirando.

Mientras Melampo fiel su sentimiento  
Me muestra lastimado en ronco aullido;  
Los piés me lame, y me contempla atento:

O ya el camino corre conocido  
Que á la majada de mi Filis guia;  
Torna, se pára, y cae sin sentido.

Su compasion enciende el alma mia:  
Oh! fenezca esta vida desastrada,  
Que de ir á acompañarte me desvía.

O mi bien! mis amores! ¡ó eclipsada  
Lumbre de estos mis ojos! mi consuelo!  
¡Rosa en abril florido marchitada!

Llévame donde estás con presto vuelo:  
Acabe, acabe mi mortal quebranto;  
Y allá te abraze en el sereno cielo.

Pídeselo con ruego y tierno llanto  
A aquel que inmóvil ve desde su altura  
Mi firme amor y mi deseo santo.

Entónces sí que libre de amargura,  
Mi alegre suerte con la tuya uniendo,  
Gozaré el lleno bien que acá me apura.

Entónces si que el alma, en tí viviendo,  
Se adormirá feliz en paz gloriosa,

Sus finas ansias coronadas viendo;  
Y con habla dulcísima y sabrosa,  
Conversando contigo mano á mano,  
Podrá llamarse sin temor dichosa.

Qué! no te mueve mi dolor insano?  
¿De tu Batilo, Filis, ya te olvidas?  
Su voz desdeñas? su clamar es vano?

¿Dó están las voluntades tan unidas?  
Dó están?... Mas no se cuida allá en el cielo  
De las cosas viviendo prometidas;

Y ya en paz alma, roto el mortal velo,  
De un infeliz en su dolor perdido  
Tú las ansias no ves ni el desconsuelo.

Mientras sobre tu losa aquí tendido  
Yo besándola estoy sin apartarme,  
Ni templar, ay! el mísero gemido,

Hasta que mi dolor llegue á acabarme,  
Y suba en vuelo alegre arrebatado  
Donde pueda por siempre á tí juntarme,  
Y gozar tu semblante regalado.

#### EPITAFIO

DEL SEPULCRO DE FILIS.

LA gracia, la virtud y la belleza,  
La fe y el corazon mas inocente,

Y el milagro mas raro de terneza,  
Que Amor hará sonar de gente en gente;  
Yacen debajo de esta triste losa,  
Do la sombra de Fili en paz reposa.

## SONETO

RENUNCIANDO A LA POESÍA DESPUES DE LA  
MUERTE DE FÍLIS.

QUÉDATE á Dios pendiente de este pino,  
Sin defensa del tiempo á los rigores,  
Cítara, en que canté de mis amores,  
Las gracias y el ingenio peregrino.  
Guárdala, ó tronco, que honras el camino,  
Por muestra de la fe de dos pastores,  
Do puedan cortesanos amadores  
Tomar lecciones de un amor divino.  
Mientras la oyó viviendo mi señora,  
Con cuerdas de oro resonar solía,  
Y fieras crudas amansó su canto:  
Ya que el alma feliz los cielos mora,  
Y en esta tumba su ceniza fria,  
Cesen los versos, y principie el llanto.

## ELEGÍA III.

LA PARTIDA.

En fin voy á partir, bárbara amiga,  
Voy á partir, y me abandono ciego  
A tu imperiosa voluntad. Lo mandas;  
Ni sé, ni puedo resistir: adoro  
La mano que me hiere; y beso humilde  
El dogal inhumano que me ahoga.  
No temas ya las sombras que te asustan,  
Las vanas sombras que te abulta el miedo,  
Cual fantasmas horribles, á la clara  
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,  
Que nacer solo hicieran... En mi labio  
La queja bien no está: gima y suspire;  
No á culpar tu rigor dé los instantes  
Del más ardiente amor tal vez postreros.  
Tú, de ti misma juez, mis ansias juzga:  
Mi dolor justifica, á mí no es dado  
Sinó partir. O Dios! ¡ de mi inefable  
Felicidad huir! ¡ en mis oidos  
No sonará su voz! ¡ no las ternezas  
De su ardiente pasión! ¡ mis ojos tristes  
No la verán, no buscarán los suyos,

Y en ellos su alegría y su ventura !  
 No sentiré su delicada mano  
 Dulcemente tal vez premiar la mia,  
 Yo estático de amor... Bárbara! injusta !  
 Qué pretendes hacer? qué placer cabe  
 En afligir al mismo á quien adoras?  
 Que te idolatra ciego? no, no es tuyo  
 Este exceso de horror: tu blando pecho,  
 De dulzura y piedad á par formado,  
 No inhumano bastara á concebirlo.  
 Tu amable boca, el órgano süave  
 De amor, que solo articular palabras  
 De alegría y consuelo ántes supiera,  
 No lo alcanzó á mandar. Sí: te conozco:  
 Te justifico, y las congojas veo  
 De tu inocente corazón..... Mi vida,  
 Mi esperanza, mi bien, ah! vé el abismo  
 Do vamos á caer: que te fascinas;  
 Que no conoces el horrible trance  
 En que vas á quedar, que á mí me aguarda  
 Con tan amarga arrebatada ausencia.  
 No lo conoces deslumbrada: en vano  
 Tranquila ya, despavorida y sola  
 Me llamarás con doloridos ayes.  
 Habré partido yo; y el rechinido  
 Del eje, el grito del zagal, el bronco

Confuso son de las volantes ruedas,  
 A hérir tu oído y afligir tu pecho  
 De un tardío pesar irán agudos.  
 Yo entre tanto abatido, desolado,  
 A tu estancia feliz vueltos los ojos,  
 Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,  
 Te diré á Dios; y besaré con ellos  
 Las dichosas paredes que te guardan,  
 Mis fenecidas glorias repasando  
 Y mis presentes invencibles males.  
 Ay! ¿ dó si un paso das, donde no encuentres  
 De nuestro tierno amor mil dulces muestras?  
 Entra aquí, corre allá, pasa á otra estancia:  
 Aquí, ellas te dirán, se postró humilde  
 A tus piés, y la mano allí le diste:  
 Allá, loco en su ardor, corrió á tu encuentro;  
 Y allí le viste en lágrimas bañado,  
 En lágrimas de amor: con mil ternezas  
 Mas allá fino te ofreció su llama;  
 Y al cielo hizo testigo y los luceros  
 De su lazada eterna, indisoluble,  
 En la noche feliz.... Sedlo, fulgentes  
 Antorchas del olimpo, y tú, callada  
 Luna, que atiendes mis sentidas quejas,  
 Y ántes mi gloria y sus finezas viste:  
 Sedlo; y benignas en mi amarga suerte

Ved á mi amada, vedla, y recordádle  
 Su santo indisoluble juramento.  
 Vedla, y gozad de su donosa vista,  
 De las sencillas animadas gracias  
 De su semblante. O Dios! yo afortunado  
 Las gozaba tambien : su voz oía,  
 Su voz encantadora, que elevada  
 Lleva el alma tras sí; su voz que sabe  
 Hacer dulce hasta el no, gratas las quejas.  
 ¡ Oh qué de veces de sus tiernos labios  
 Me enagenó la plácida sonrisa,  
 Las vivas sales y hechiceras gracias!  
 ¡ Oh qué de tardes, de agradables horas  
 De nuestra dicha hablando, instantes breves  
 Se nos huyeran! qué de ardientes votos!  
 ¡ Qué de suspiros y esperanzas dulces  
 Crédulas nuestras almas concibieron,  
 Y el cielo hoy en su cólera condena!  
 Qué proyectos formáramos...! Mi vida,  
 Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,  
 Amiga, hermana, esposa, ¡ oh si yo hallara  
 Otro nombre aun mas dulce! qué pretendes?  
 ¿ Sabes dó quieres despeñarme? espera,  
 Guarda pocos dias; no me ahogues:  
 Despues yo mismo partiré: tú nada  
 Tendrás que hacer, ni que mandar: humilde

Correré á mi destierro y resignado.  
 Mas ora, irme! dejarte! Si me amas,  
 ¿ Por qué me echas de ti, bárbara amiga?...  
 Ya lo veo; te canso: cuidadosa  
 Conmigo evitas el secreto; me huyes:  
 Sola te asustas, y de todo tiemblas.  
 Tu lengua se tropieza balbuciente;  
 Y embarazada estás, cuando me miras.  
 Si yo te miro, desmayada tornas  
 La faz, y alguna lágrima...! ó martirio!  
 Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos  
 Otros, ay! otros eran: me buscaban;  
 Y en su mirar y regaladas burlas  
 Alentaban mis tímidos deseos.  
 ¿ Te has olvidado de la selva hojosa,  
 Do huyendo veces tantas del bullicio,  
 En sus oscuras solitarias calles  
 Buscamos un asilo misterioso,  
 Do alentar libres de mordaz censura?  
 ¿ Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas?  
 No ardió con nuestra llama? al lugar corre  
 Do reposar solíamos, y escucha  
 Tu blando corazon: si él mis suspiros  
 Se atreve á condenar, dócil al punto  
 Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano  
 Te reconvento: yo te canso; acaba

De arrojarme de ti, cruel... Perdona,  
 Perdona á mi delirio : de rodillas  
 Tus piés abrazo, y tu piedad imploro.  
 Yo acusar tu fineza!... yo cansarte!  
 A ti que me idolatras!... no : la pluma  
 Se deslizó; mis lágrimas lo borren.  
 O Dios! yo la he ultrajado : esto restaba  
 A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,  
 Dispón, ordena, manda : te obedezco :  
 Sé que me adoras; no lo dudo : humilde  
 Me resigno á tu arbitrio... El coche se oye;  
 Y del sonante látigo el chasquido,  
 El ronco estruendo, el retiñir agudo  
 Viene á colmar la turbacion horrible,  
 De mi agitado corazon... Se acerca  
 Veloz, y pára : te obedezco, y parto.  
 A Dios, amada, á Dios... el llanto acabe,  
 Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

## ELEGÍA IV.

## EL RETRATO.

Si es él, Amor? ; qué trémula la mano  
 Rompe el último nena! me lo anuncia  
 Con zozobra feliz saltando el pecho.

No, no puedo dudarlo : el importuno  
 Velo cayó : tu celestial imágen,  
 Tu suspirado don... mi amante boca  
 Con mil ardientes besos, mi llagado,  
 Mi triste corazon con mil suspiros,  
 Ambos á par lo adoren : y el tributo  
 Primero denle de mi tierno pecho.  
 ¡ Milagro del pincel, amable copia  
 Del mas amable objeto ! ciego torno  
 A besarte otra vez ; ojos, gozálla ;  
 Sáciate, corazon... no estás ausente :  
 Ingenioso su amor buscarte supo :  
 Supo templar de su cruel imperio  
 El áspero rigor, y fino hallarte.  
 De tu ternura celestial, ó amada,  
 O mitad de mi vida, tal milagro  
 De cariño esperaba mi deseo :  
 Llegó; y puedo contigo consolarme ;  
 En mi inmenso penar gemir contigo,  
 Y en tu seno lanzar la ardiente vena  
 De lágrimas que inunda mis mejillas  
 En tan mortal insoportable ausencia.  
 Sí, amada, ya te tengo : ya en mi pecho  
 Fino te estrecharé : mis tristes ojos  
 Te ven, el fuego de los tuyos sienten ;  
 Y mis manos te tocan, y mis labios